

Manos vacías, corazón roto.

Vivía en una pequeña choza que construyó mi abuelo con sus propias manos. Era pequeña y muy humilde, el tejado a dos aguas, al que cada año se le caían más tejas, estaba prácticamente deteriorado. La chimenea con el tiempo había dejado manchas de humo en la pared y el techo.

Sin embargo, es un sitio en el que me gusta estar. Me encanta acostarme en el sillón, aunque es un poco viejo, y leer novelas que encuentro tiradas en la basura, aunque parezca asqueroso, la gente desperdicia cosas bastante valiosas, en mi opinión. Suelo también encontrar juguetes, colchones o ropa, algo bastante útil para mí y mi familia.

Pero, a la gente le parecía un vagabundo maloliente, que rara vez estaba en casa, que trabajaba demasiado y que no tenía ni un duro.

No tenían idea.

Trabajaba día y noche para mantener a mi familia, para conseguir el pan de cada día. Porque es lo que me importa.

El otro día salí a comprar algo de comida, y dos personas, de apariencias malvadas, me acosaron y robaron lo que compré; me hicieron una pequeña incisión con una navaja en la pierna.

Uno tenía la cara muy alargada, una frente prominente y era flaco y larguirucho, por otro lado, su compañero poseía una cara redonda, casi cuadrada, una frente chata, una estatura media y un cuerpo rollizo.

Algo como el *Gordo* y el *Flaco*.

¿Acaso no se daban cuenta de la gran estupidez que cometieron?

¿Qué necesidad había de tal descaro?

Era el cumpleaños de mi hija; traía algunas patatas y carne para preparar su plato preferido, hasta que en medio paseo se cruzaron en mi camino aquellos viles innobles que desperdiciaron todo mi trabajo. Me dijeron que no era nadie, y que me deseaban la muerte. Sin ningún motivo, ni siquiera me los había cruzado alguna vez.

No les dije nada ni me defendí por temor a que me hicieran algo peor, o que pidieran refuerzos para ello.

Funestamente, volví a casa con las manos vacías. Ver como la sonrisa de mi hija se esfumó al ver que no traía nada me rompió lentamente por dentro. No pensé permitir ninguna desvergüenza así.

Estuve reformando la choza con mi familia. Ahora es mucho más extensa, y ya no tan humilde. También hice turnos extra y puse a trabajar a mi hijo mayor conmigo. Tenemos dinero suficiente como para permitirnos una vida normal, comida todos los días sin excepción.

Aunque suene demente, aún no estaba satisfecho. Aquellos hombres merecían un castigo. El desprecio no era suficiente.

Llevaba semanas investigando sobre aquellos malhechores, y descubrí donde se hallaban. Se hospedaban en un edificio abandonado al otro lado de la ciudad. Aquella noche iría y saciaría mi sed de venganza, por arrebatarme la sonrisa a mi hija aquel día.

Una vez allí, subí las escaleras sigilosamente. El edificio estaba abandonado, repleto de grafitis, había tantos que, como la pared estaba llena, la gente había empezado a usar el techo y el suelo como lienzo.

Con cuchillo en mano y mucha determinación, me fui acercando poco a poco hasta el lugar donde se escuchaban voces. La habitación en la que se encontraban parecía ser un baño, me asomé un poco al arco de la puerta hasta que los vi, pero la imagen me desconcertó.

Estaban sentados junto a una fogata improvisada, compartiendo un mendrugo de pan, con la bolsa vacía de patatas crudas que me robaron en una esquina. Parecía haber más cosas robadas al otro lado. Escuché un pedazo de su conversación. — No puedo creer que hayamos acabado robando a familias como nosotros, no tenemos perdón—dijo el hombre rollizo

—No había opción ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Morir de inanición? ¿De sed? ¿De frío? ¿Acaso no te das cuenta de que, si no hubiéramos robado aquellas patatas y carne a aquel hombre, aquella mujer habría muerto de hambre? Seguimos haciéndolo porque si no, los siguientes hubiéramos sido nosotros—respondió el

larguirucho con una voz cargada de frustración.

—Ha muerto de todas maneras.

—Pero sólo nos pudimos permitir algo de comida, no es nuestra culpa que tuviera aquella enfermedad.

Retrocedí un paso, desconcertado, no daba crédito a aquella conversación. Mi ira comenzó a flaquear, como si de compasión se tratara.

Me dejé ver durante poco tiempo, pude notar la mugre en sus caras, sus ojos hundidos, sus cuerpos apenas sostenidos por la ropa que les colgaba. Por una vez no vi a dos hombres crueles, sino a dos almas derrotadas, atrapadas en el mismo ciclo de miseria que yo mismo tuve que superar. Les amenacé diciendo que no se volvieran a cruzar en mi camino, que de lo contrario se arrepentirán de ello. Sus caras de temor me dejaron clara la respuesta que esperaba.

Me di media vuelta rápidamente, y abandoné el lugar, dejando atrás el eco del silencio.

Ahora, mientras sostengo a mi hija dormida entre mis brazos, me pregunto si hice lo correcto, o si la oscuridad que sentí me marcará para siempre.

-Gamba Gambón

2ª categoría, modalidad literaria